

imposible, tanto así parecían unimismados en propósitos estos hombres, y á consecuencia de esto, la formación de una oposición parlamentaria que se acercaba á la mayoría, sostenida en la prensa con un talento, una pasión y un exceso de lenguaje temibles, señalaron muy á las claras la importancia de la crisis. El Presidente, firme en su propósito, resolvió afrontarlo todo; estimulado por una ambición, perfectamente humana, de conservar el poder, del que creía que podría hacer buen uso en favor de la consolidación de las instituciones y de la paz, á costa ciertamente de una guerra interior, que, lo repetimos, consideraba como la prueba suprema de la fortaleza del poder central; convencido de que su renuncia á la candidatura, único modo acaso de evitar la reelección, parecería una retractación de sus miras ó una deserción de sus deberes, cuando en realidad ninguna de las otras candidaturas podía aspirar al triunfo sino por el peso del grupo juarista yuxtapuesto á ellas, asumió, á la cara de la tormenta deshecha que amenazaba, su ya clásica imperturbabilidad; volvió á mostrarse el bronce que los huracanes llegan á hacer vibrar, pero que no alcanzan á conmovier.

¶ Y vino la tormenta, y furiosa, mayor sin duda de lo que se creía; en vísperas del período electoral, una asonada militar se hizo dueña de uno de los más importantes puertos del Golfo; el Gobierno pasó sobre la resistencia de la liga parlamentaria á concederle facultades extraordinarias, y ahogó en sangre la asonada. Las elecciones se verificaron; el pueblo, socialmente considerado, se abstuvo, como de costumbre, ú obedeció en pasivos rebaños á los comités políticos que lo encaminaban á las urnas; el país político, el interesado en la gran batalla del presupuesto, mostró inusitada actividad, pero los elementos de sedición y revuelta lo complicaban todo con su levadura de sangre y desolación. En la Cámara, por la voz de elocuentísimos tribunos, con el tono de los grandes días de los conflictos patrios, en los despachos mismos de algunos gobernadores, se anunciaba la apelación indefectible á la revolución. La sociedad burguesa de algunas capitales, á quien era profundamente antipático Juárez, que personificaba la Reforma y el desenlace trágico del Imperio, ó que, en su parte reflexiva, veía con incertidumbre y espanto la guerra civil, era secretamente hostil; y eso fué muy grave, pero estaba hasta cierto punto compensado con la devoción y la fidelidad casi total del elemento burocrático, que, por interés y miedo á la enorme turba de despojantes que militaba en las filas de los contrarios, ó por adhesión real al Presidente, á pesar de la falta frecuentísima de los sueldos, no extremó esta vez, por ventura, el trabajo terrible de disgregación y disolución que opera en los cimientos de todo Gobierno insolvente. Detrás, como formando el telón de fondo de esta escena en que empezaban á desenvolverse anhelosos los episodios primeros del drama fratricida, los viejos cacicazgos tradicionales, á donde no podía llegar aún la acción del Gobierno y que se declaraban neutrales, pero que en realidad servían de reparo á la revuelta, los viejos cacicazgos de las sierras del

Nayarit, de Guerrero, de Querétaro, de Tamaulipas, de Puebla, semejantes á enormes monolitos de granito embadurnados de sangre, que recordaban las piedras de los sacrificios...

☛ El resultado de la elección, en que el elemento oficial tomó parte descaradamente, era ineludible; el Presidente Juárez obtuvo mayoría absoluta, y Díaz y Lerdo compartieron con él, en proporciones distintas, el sufragio. No se había hecho la declaración, cuando estalló en Méjico mismo un motín que, si como fué desacertadamente combinado, hubiera sido dirigido por una cabeza medianamente previsora, habría tenido consecuencias decisivas y terribles. Por fortuna, nada supieron organizar los amotinados, y la represión fué fulminante. Todo era, en suma, un tristísimo pródromo de la lucha encarnizada que se anunciaba.

☛ Después de la elección, la insurrección de todos los elementos militares y políticos de descontento tomó temerosa importancia; de Oajaca á la frontera del Norte todas las sierras se pusieron en pie, todas obedecieron á un plan concertado de antemano; muchos de los hombres más conspicuos de la guerra de Intervención saltaron á la palestra, y, no sin vacilaciones y escisiones, el Estado natal de Juárez vió formarse en su seno el núcleo principal de la protesta armada. Como Oajaca, el general Díaz vaciló mucho en poner en la balanza su autoridad moral sobre sus conciudadanos, sólo inferior á la de Juárez, y el immaculado prestigio de su vida de soldado y de patriota, al servicio de la revuelta: creyó, sin duda, que el país necesitaba renovaciones profundas que sólo podía obtener por la fuerza; sus desilusiones, sus amargos resentimientos con el receloso Gabinete de Juárez, que había cerrado fría é indefinidamente la puerta al ascendiente á que tenía derecho quien había prestado los servicios que él; la sugestión perenne de las ambiciones y rencores inextinguibles que lo rodeaban premiosos, arrastrándolo á compromisos irreparables; todo ello, probablemente, constituyó el elemento primordial de su decisión, que, una vez tomada, fué irrevocable. Desde entonces, en su conciencia de republicano y de hombre de Gobierno, se incrustó con tenacidad persistente y dolorosa esta idea, que podía parecer un delirio entonces, que ahora vemos bien que no lo era: «Sólo puedo compensar el deservicio inmenso que hago á mi país al arrojarlo á una guerra civil, poniéndolo alguna vez en condiciones que hagan definitivamente imposible la guerra civil.»

☛ Ésta fué empeñadísima; una red roja podía marcar, sobre la carta de la República, los itinerarios de la revuelta en torno de los grandes centros militares, hábilmente escogidos por el Gobierno; en todas partes la resistencia fué desorganizada, yugulada, vencida. Cuando mediaba 1872, no quedaban más que jirones de la tormenta enredados en los picos de las más lejanas serranías: la revolución, herida de muerte y fugitiva, buscaba refugios, ya no reparos para apoyar nuevos ataques.

☛ La autoridad y la fuerza moral del Gobierno habían cobrado energías nuevas en la brega: obligar al país político, educado en la revuelta perpetua, á la paz á todo trance; ahogar en sangre el bandolerismo y la inseguridad; empujar la gran mejora material de que dependían las otras; entrar en relaciones diplomá-

ticas con las naciones europeas para dar pábulo y seguridad al comercio internacional; poner en estudio todas las grandes soluciones prácticas posibles de nuestro estado económico: la colonización, la irrigación sistemática del país agrícola, la libertad interior de comercio, y conjugar con esto el avance constante en la reorganización de nuestro régimen hacendario; aumentar los elementos de educación para transmutar al indígena y al mestizo inferior en valores sociales: tal era el programa de la paz con tan cruenta labor reconquistada. Pero no por eso descuidaba Juárez la mejora política: sus dos miras finales, ansiosas, persistentes, convertidas en hierro por su voluntad, eran la creación de un Senado para equilibrar la acción legislativa, sin contrapeso alguno en nuestra ley fundamental, y la constitucionalización de los principios de Reforma, para hacer de ésta la regla normal de nuestra vida política y social...

☛ En los primeros capítulos de este grandioso programa, la sorpresa traidora de la muerte truncó la nueva labor... Fué una gran desgracia... Había elementos eternos en su obra, que él ansiaba transformar de pasiva en activa; logró mucho, habría logrado más; cuando Juárez murió, un soplo de clemencia y de concordia oreaba ya todos los campos de batalla, los antiguos, los recientes... Eran las ráfagas precursoras de la primavera, del renacimiento; con él comenzó la Era nueva, la Era actual.